



JAZMÍN RIERA

*Amor de
Verano*

AMOR DE VERANO

Jazmín Riera

Capítulo 1

Corría 1995 y yo tenía siete años. Mi madre estaba terminado de ordenar las últimas cosas mientras mi padre esperaba detrás del volante del auto mientras yo estaba encerrada con el cinturón de seguridad en la parte trasera. Como era muy inquieta, no querían que me moviera demasiado porque siempre me mareaba en los viajes largos.

—¡Vamos, Lorena, se nos caerá la reserva! —apuró mi padre algo ansioso.

—¿A dónde es que vamos, papá? —pregunté.

Lo escuché suspirar.

—Te lo dije ya varias veces, Adelina —dijo sin quitar los ojos de la puerta de entrada.

Siempre me llamaba por mi nombre entero cuando estaba enojado. —Iremos a Cariló —continuó lentamente—. Marcos, por favor, ponte el cinturón de seguridad —ordenó mi padre al ver a mi hermano mayor a un costado, quien bufó mientras dejaba sus cómics a un costado y acataba la orden.

—Me siento asfixiado con esta cosa —dijo molesto.

—Es mejor que te sientas afixiado y no que salgas volando por la ventana. —Mi padre lo miró levantando una ceja y él simplemente volvió a bufar.

Mi madre salió de la casa para luego cerrar la puerta y correr con un gran bolso de mano.

—Listo, ya está todo. Quería poner la alarma —finalizó con la respiración agitada.

—No llegaremos a tiempo. Tenemos muchas horas de viaje —apuró mi padre mientras ponía en marcha el auto.

Miré por la ventana mientras mantenía a mi amiga Betty, la muñeca, agarrada con mi mano derecha. Era mi mejor amiga.

Una canción de las que le gustaba a papá sonaba en el auto, las casas grandes empezaron a desaparecer para convertirse en una larga calle con mucho pasto alrededor.

—¡Una vaca! —exclamé al ver al animal a lo lejos.

—Veremos muchas vacas, Lina —anunció mi madre con voz dulce.

Pero yo ya me encontraba pegada a la ventana con ojos grandes, viendo cada vaca y caballo que pasaba.

—¿Hay vacas en Bariló? —pregunté luego de un rato.

Mi madre rio mientras que mi padre me miró a través del espejo.

—Cariló —corrigió—. Es un lugar a unas horas, cerca de Pinamar. ¿Recuerdas Pinamar? Fuimos el año pasado... No creo que haya vacas, pero vas a tener mucho lugar para jugar, hay bosques y playas —explicó mi madre—. Y un amigo de tu abuelo está encantado de alquilarnos la casa —finalizó sin más.

—Por un gran precio —carcajeó mi padre—. ¿Puedes creer que ayer en la oficina Mario me dijo que necesitamos nueva-

mente hablar con un escribano por la nueva casa? —Y ahí es cuando empezaron a hablar de cosas difíciles y mi atención volvió a la ventana.

Observé a Betty, que de repente parecía tener algo pegado en la frente; la toqué, lo que fuera que tuviera pegado estaba húmedo.

—¡Maaaaarcos! —grité viendo a mi hermano que se reía a los gritos.

—¡Adelina! —Mi mamá me miró y yo le mostré a la pobre Betty con el chicle pegado en la frente. Ella la agarró mientras sacaba de la cartera un papel para limpiarla—. ¡Marcos! Nada de juegos hasta que lleguemos —dijo mientras estiraba la mano. Al no ver reacción alguna de mi hermano, mi padre intervino.

—Marcos...

Mi hermano dejó el videojuego arriba de la mano de mi madre con un bufido.

—Fue un chiste, mamá —dijo Marcos, molesto.

—Bien, te salió caro —concluyó y volvió a la conversación con mi padre como si nada. Miré hacia mi lado: Marcos me observaba con los ojos en llamas. Abracé a Betty con fuerza al ver cómo mi hermano me hacía una seña de que le cortaría el cuello.

Mis padres siempre me defendían de Marcos, pero a veces pensaba que tal vez no iban a poder a defender a Betty.

—Yo te defenderé —le susurré a la muñeca cuando mi hermano miró por la ventana. No iba a dejar que nadie le hiciera daño.

Observé con lentitud a los enormes árboles; la casa estaba en lo que parecía ser un bosque. Caminé de la mano de Betty, agarré una rama y la golpeé contra un árbol haciendo que se rompiera.

—¡Lina! ¿Ya estás lista para ir a la playa? —preguntó mi madre desde dentro de la casa.

—Sí, mamá —contesté agachada mientras observaba a un caracol trasladarse del pasto a una piedra. Unas voces sonaron desde el bosque, levanté la mirada intentando ver algo más que árboles y arbustos. Eran tres chicos.

—Entonces, con esto golpeas en el momento... —dijo uno de los que tenía el pelo casi blanco y peinado para arriba. Los acompañaba un chico con el pelo rapado y anteojos; el tercero, que ahora parecía hablar, estaba detrás de un árbol.

—Papá dijo que las juntemos para cocinar... —comentó el chico que no podía ver.

—Sí, pero con esto podemos armar una guerra —dijo el rubio, divertido, para luego tirarle una piña del árbol al chico de anteojos.

Me acerqué a ellos con lentitud, parecían de mi edad... o tal vez un poco más grandes.

—¡Hay algunas con pinches! —dijo riendo el que todavía no podía ver.

Los otros dos chicos buscaron con rapidez más piñas en el piso. Los observé desde mi lugar hasta que el de anteojos me descubrió y le hizo señas al rubio. Ambos me observaron. Empecé a dar pasos hacia atrás para estar más cerca de la casa mientras agarraba con fuerza a Betty.

—¡Ey! ¿Qué miras, metiche? —inquirió para luego revolver una piña en mi dirección, que cayó a un costado—. ¡Contra la

espía! —gritó el rubio mientras los demás buscaban más piñas en el piso.

Con rapidez comencé a correr hacia la casa mientras los escuchaba reír. Al entrar, cerré la puerta corrediza de vidrio y abracé a Betty; vi a mis enemigos haciendo señas graciosas a lo lejos, o por lo menos a dos de ellos; el que todavía no había visto ahora me daba la espalda y juntaba más piñas un poco más alejado de los demás.

—Lina, qué bueno que estás aquí. Llévale esto a tu padre así ya podemos ir a la playa —dijo mi madre dándome un envase de plástico.

—¡Marcos...! ¡Marcos! —gritó mi madre y salió de la cocina.

Observé por última vez a través de la puerta de vidrio y vi que los chicos ya no parecían estar allí.

Los días eran casi todos iguales: playa, comida y más playa, pero eso hacíamos siempre en los viajes. Mi papá decía que esa era la forma de vacacionar.

Junté arena en mis manos y terminé de armar una gran torre; con lentitud hice formas en esta para que pareciera un castillo. Si hacía un puente tal vez pudiera unir dos torres.

Mi madre yacía acostada bajo el sol y mi padre jugaba con mi hermano a la paleta. La playa no me gustaba, más que nada porque Betty debía quedarse en el bolso de mi madre para que no se ensuciara con la arena. La observé mirarme a lo lejos con su pelo de lana rojo y le sonreí para luego volver a mi construcción de arena.

Después de comer unos sándwiches que mamá había pre-

parado, Marcos se alejó un poco de nuestra tienda para jugar con la pelota; amaba su pelota. Le gustaba decir que de grande sería un futbolista profesional, pero papá siempre le repetía que para jugar en las ligas mayores se necesita jugar todos los días... y Marcos no quería hacerlo. Los videojuegos parecían ocupar el primer lugar.

—¿Estás lista para competir con el rey de la paleta? —le preguntó mi padre a mi madre que se estaba estirando bajo el sol nuevamente; esta río.

—Siempre te gano, Pablo —dijo divertida.

—Demuéstralo entonces. —Achinó los ojos mientras le tendía una de las paletas de madera—. ¿Irás al agua, cariño? —me preguntó mi padre cuando agarré mi tabla de barrenar; tenía pintada una flor de distintos colores en el dorso, mis padres me la habían comprado luego de que mi tabla se hubiera partido en dos por una ola el año pasado.

—Sí —le dije, sin más, arrastrando la tabla.

—Sabes cuál es la única condición... Mantente cerca de la orilla —advirtió a mis espaldas mientras empezaba a jugar a la paleta con mi madre.

Al llegar al mar, una pequeña ola hizo que mis pies tocaran el agua, estaba helada. Observé a lo lejos a la gente que surfeaba, según mi papá en algunos años podría empezar a hacerlo. Sin más, me metí dejando que mi cuerpo se congelara en el primer impacto, agarré la tabla que ahora se encontraba amarrada con velcro a mi tobillo y empecé a deslizarme con la fuerza de las olas que me llevaban hasta la orilla. Volví a intentar, pero no me moví tanto pues se trataba de una ola pequeña, con rapidez intenté meterme más profundo para poder tomarla desde el nacimiento, pero la rompiente no me dejaba nadar

en contra. Con rapidez, me bajé de la tabla y nadé hasta la rompiente de las olas intentando pasarla; luego de varios intentos por fin lo logré. Observé cómo los surfistas ahora estaban más cerca y las olas parecían un poco más grandes. Los miré deslizarse por el agua con total facilidad y luego dejarse caer.

—¡Lina! —el grito de mi madre me sacó de mis pensamientos, giré para verla— ¡Ven más cerca, por favor! —gritó con las manos alrededor de la boca.

—Ya vo... —No pude terminar la frase, de repente sentí cómo me sumergía en el agua. No podía moverme, mi cabeza golpeó con algo duro para luego girar en el agua con rapidez; antes de que pudiera hacer algo, la ola ya me había escupido... más lejos de la orilla. No entendía absolutamente nada, solo que mi tabla ya no estaba a mi lado. Observé una ola gigante lista para romper sobre mí; con rapidez me sumergí en la ola.

—¡Oye! —escuché un grito de repente y vi a alguien nadando hacia mí—. ¡Sumérgete! —gritó y ambos vimos cómo una ola volvía a pasarnos por arriba. Al salir, estaba a mi lado. Era un niño.

—¡Nos vamos a ahogar! —grité intentando flotar. Nos sumergimos en una nueva ola para luego salir a la superficie.

—Tu tabla —gritó a la vez que me la pasaba—. ¡Súbete y barrena las olas hasta la orilla! —ordenó—. Está por venir el guardavidas, perderás la tabla —dijo ayudándome a subir.

Ambos observamos cómo una ola estaba a punto de romper sobre nosotros; me preparé, lista para dejarme deslizar por el monstruo, pero algo ocurrió. Simplemente la tabla se partió en la mitad por la violencia de la rompiente haciendo que me volviera a hundir.

Ya bajo el agua sentí cómo alguien me sacaba.

—¡No es tu día de suerte! —dijo el chico, divertido, mientras agarraba su propia tabla, que era de surf. ¿Cómo tenía una tabla de surf si era de mi edad?—. Súbete. Allí está el guardavidas. —Escuché el sonido de un silbato y de repente me estaba deslizando junto a la ola.

Me agarré con fuerza de la tabla que parecía de un material mucho más duro que la mía.

—¡Estamos barrenando! —grité y observé a mi lado. El niño no estaba, se había quedado atrás entre las olas. Con rapidez sentí cómo unos brazos me agarraban; el guardavidas me arrastraba fuera del agua.

—¡Lina! ¡Lina! —dijo mi madre agarrándome, mi cuerpo estaba agotado y no podía respirar bien. Observé al mar nuevamente que parecía aún más violento que antes. Mi padre, que estaba completamente mojado, salía del agua con la respiración agitada.

—¡No vuelvas a asustarn...! —empezó.

—Hay un niño —le dije al guardavidas mientras señalaba al agua. La mayoría de las miradas de la playa estaban sobre nosotros—. Hay un niño en el agua —dije rápidamente. El hombre bronceado corrió nuevamente al agua pero vimos cómo una cabecita salía entre las olas sin problema; el chico llegó a la orilla en tan solo unos segundos. Llevaba un traje negro que le cubría todo el cuerpo.

—¡Shep! —gritó un hombre con el cabello afeitado—. ¡Sal de ahí! El agua está picada —dijo acercándose a él. El niño me miró.

—Lina, qué susto —dijo mi madre abrazándome—. Mira... te has golpeado la cabeza —dijo mientras inspeccionaba en el nacimiento de mi cabello, arriba de mi frente.

—Él me ayudó —señalé al niño.

—¡Gracias! —exclamó mi madre sonriéndole al niño.

—Shep es un héroe bajo el agua —dijo el que parecía ser su padre, completamente orgulloso.

—Siempre le decimos a Lina que se mantenga cerca de la orilla... pero no nos hace caso —sostuvo mi padre riendo—. Pablo —dijo presentándose al hombre.

—Camilo —anunció el hombre—. Y por allí está mi esposa, observando todo —dijo divertido.

—¿Estás bien, nadadora? —El niño se acercó a mí dejando de lado la conversación de los grandes. Mi respiración ya se estaba calmando, aun así el golpe en mi cabeza dolía.

—Sí —contesté observando la tabla de surf que yacía en la arena mojada, tenía unas llamas dibujadas en blanco y negro junto a una cruz negra ladeada. Era un poco más pequeña de la que ya había visto—. ¿Es tuya? —pregunté y me agaché para verla. Asintió y recordé que la mía se había roto en mil pedazos. Observé a mis padres hablar, completamente ajenos a la destrucción de mi tabla.

—Las tablas de barrenar se rompen fácil —dijo sonriendo—. Si quieres te puedo prestar la mía para que aprendas a surfear.

—Mi papá dice que tengo que esperar a ser grande para surfear —dije mirándolo. El niño estaba bronceado, tenía el cabello castaño claro y sus ojos marrones no me dejaban de observar. Dejó ver una sonrisa ancha con *brackets* y de repente quise tenerlos yo también. Siempre lo había querido; varias amigas del colegio los tenían pero mi mamá insistía en que mis dientes estaban bien.

—Mi papá dice que no hay que esperar para ser grande a

nada —dijo él, divertido—. Me llamo Shep —prosiguió y, sin darme cuenta, estábamos sentados en la arena con la tabla en el medio.

—¿Shep? —pregunté. Era un nombre raro, él volvió a sonreír.

—Es como un eructo aburrido —dijo.

—Lina —me presenté.

—¿Ese castillo lo hiciste tú? —preguntó señalando el castillo ahora olvidado a unos pasos, asentí.

—Es enorme —sonrió, divertido, y observé los agujeritos que se formaban a sus lados cuando sonreía. A mi amiga Lila también se le armaban los mismos.

—Shep, ¿vienes? Vamos a comenzar el torneo —dijo un niño mientras se acercaba. De repente, lo reconocí como el de anteojos. Él me miró pero no pareció darse cuenta de que era la espía que habían atacado hacía solo unas horas. A lo lejos estaban algunos niños con una pelota y el rubio que me había tirado la piña.

—Ya voy —dijo. Me paré junto a él y vi cómo nuestros padres seguían hablando—. ¿Quieres venir? Haremos un torneo de trucos. Nos ponemos en ronda, nos pasamos la pelota y si a alguno se le cae, pierde —explicó. Negué con la cabeza.

—No... iré a terminar mi castillo —dije observando por unos segundos cómo jugaban. Me daba vergüenza, no quería hablar con los chicos que creían que era una espía.

—Está bien —dijo agarrando su tabla con agilidad—. Si quieres venir a jugar, solo acércate. —Me sonrió por última vez para luego darse vuelta y dirigirse a la ronda sin olvidarse de dejar la tabla donde estaba su familia.

Y ese fue el momento en que todo comenzó: Shep, con tan

solo diez años, no era un chico común y corriente, y yo lo sabía.

—¿Ya estás, Lina? —preguntó mi padre tocando la puerta de la habitación.

—Sí —dije abriéndola. Mi padre me miró frunciendo el ceño mientras se arreglaba la corbata.

—¿Qué haces con el pijama? —preguntó.

—No iré a esa casa, esos dos chicos me llamaron espía —dije molesta—, y me tiraron una piña de un árbol. —Me crucé de brazos. Marcos ahora estaba también parado afuera y reía.

—Tan fuerte no fue, sino no estarías aquí lloriqueando —dijo ofuscado.

—Marcos, ve a terminar de vestirte, por favor. Se hace tarde —le dijo y mi hermano se fue con las manos en alto como si no hubiese hecho nada.

—La familia Soriano es muy amable en invitarnos, Lina. Vístete bien —comentó—. No me hagas llamar a tu madre. —Me vio hacer una mueca. Sabía que mi madre se pondría a gritar si veía que todavía no estaba vestida.

—¡No sabemos nada de ellos! ¡Pueden ser secuestradores! —exclamé.

—Su hijo te ayudó a salir del agua. Además parecen una familia agradable —aseveró—. Se hospedan a tan solo pasos de aquí, si te aburres, podemos volver temprano. ¿Te parece? —dijo dándome un pequeño toque en el mentón— Vístete. No lo volveré a repetir —concluyó, sin más, y me dejó allí parada. Bufé molesta mientras miraba a Betty, ella también estaba enojada.

A la media hora ya estábamos caminando a la casa de la gente que me parecía ahora una amenaza. Por lo menos Shep estaría allí.

—No entiendo por qué te vestiste toda de negro, empacamos ropa tan bonita... —dijo mi madre mirándome.

—Porque estoy yendo a una casa de brujas —dije molesta, agarrando con fuerza a Betty. Mis padres me habían dicho que no querían que la llevara, pero si ella no iba, yo tampoco.

—Tiene mucha imaginación... eso lo sacó a ti —dijo mi madre, divertida.

—Aquí —dijo mi padre y frenó en una casa blanca con una piscina adelante. Era la primera vez que veía una así. La casa era grande e iluminada y, al igual que la nuestra, estaba escondida en un gran bosque. La mujer que reconocí de la playa abrió la puerta con una gran sonrisa; parecía amable.

—Tú eres la pequeña Lina, ¿no? —dijo sonriendo cuando llegó mi momento de saludarla. Asentí tímidamente—. Vi todo lo que pasó ayer en el agua, qué suerte que Shep pudo ayudarte. Fuiste muy valiente... —dijo sonriendo. Yo no había hecho nada—. Yo odio el mar, me da mucho miedo—. ¿Existía gente que odiaba el mar? ¿Por qué? ¿Qué podía hacerte el mar?

Al entrar, la casa se veía tal como las que le gustaba ver a mi madre en las revistas: blanca, con grandes ventanales y un sillón color madera frente a una gran chimenea. A los pocos segundos, el padre de Shep, Camilo, apareció y comenzó una conversación aburrida con mis papás. Por el momento, no había pistas de los espías ni de Shep...

—Les presento a la familia Moscú, son grandes amigos que veranean con nosotros —dijo Camilo, mis padres los saludaron y comenzaron a hablar.

—Los chicos están jugando arriba a los videojuegos —indicó Patricia mirándonos a Marcos y a mí—. Si quieren suban y les avisamos cuando esté lista la comida —insistió con una sonrisa. Mi hermano no lo pensó dos veces, pero yo prefería quedarme con mis padres y Betty.

—Cariño, ve a jugar con los niños —me dijo mi padre acariciando mi espalda.

—No quiero —le dije en un susurro.

—Está tu hermano, ve a hacer amigos. —Me dio aliento con una sonrisa. Refunfuñé mientras caminaba hacia las escaleras. Agarré a Betty con fuerza cuando me acerqué a la puerta abierta.

Los tres chicos estaban sentados junto a Marcos y un chico con el pelo tirando a rubio con tintes rojizos frente a un televisor jugando a un juego de peleas. Otra chica estaba coloreando un libro sentada arriba de la cama.

—¡Toma esto! —gritó Marcos con una sonrisa mientras intentaba terminar con el personaje que parecía ser de Shep.

—Necesitas más que eso. ¡Perdedooooor! —dijo divertido—. De repente una mirada me descubrió. El rubio que me había dicho que era una espía y que no se encontraba jugando me miró.

—¡La espía! —dijo parándose en el sillón. Abrí los ojos como platos y agarré aún más fuerte a Betty. Shep pausó el juego y de repente los seis chicos me observaron. Marcos bufó.

—No es una espía, es mi hermana —dijo como si nada mientras volvía a jugar.

—Hola, Lina —me dijo Shep.

—Hola —me saludó el chico de cabello afeitado para luego volver la vista al televisor, donde había recommenzado el juego;

el único que no me había quitado los ojos de encima era el rubio. El chico de un rubio rojizo me observó desde su lugar, cuando lo miré simplemente corrió la mirada nuevamente al televisor; la chica por su lado movió la mano en un saludo para luego seguir pintando. Di un paso hacia dentro de la habitación pero el rubio de un salto llegó a mi lado.

—No se permiten niñas —susurró mirándome fijamente. Los otros chicos ni se inmutaron frente a nuestra conversación.

Su cabello estaba peinado hacia arriba, tenía los ojos claros y la piel pálida.

—Mis papás me dijeron que viniera y además ella es una niña —le indiqué mirándolo fijamente sin soltar a Betty.

—Sí, pero tú no eres nuestra amiga —insistió.

Los otros cuatro chicos reían a los gritos mientras dejaban de jugar.

—Te dije que era bueno —declaró Marcos.

—Oye, Lina. ¿Quieres jugar? —preguntó Shep dándose vuelta en el sillón y mostrándome el comando—. Ven aquí a sentarte. Axel, no la asustes —dijo, divertido, mientras le tiraba un almohadón. Observé por última vez al rubio para luego caminar hacia el sillón y sentarme con lentitud—. ¿Sabes jugar? —preguntó Shep con una pequeña sonrisa.

—No, no sabe jugar —contestó Marcos.

—¿Quieres intentarlo? —insistió Shep. Negué con la cabeza.

—¡Mi turno entonces! —exigió el chico afeitado mientras agarraba el comando con una sonrisa.

—¿Te duele? —preguntó Shep por el golpe que tenía en la frente. Negué con la cabeza sonriendo.

—Dejen de hablar. Intento concentrarme —dijo Marcos,

que seguía jugando, con la punta de la lengua hacia afuera; siempre hacía eso para concentrarse.

—Ven, te mostraré mi habitación —dijo Shep a la vez que se paraba. Lo seguí con Betty aferrada a mi mano—. Siempre venimos a la misma casa y mis papás nos dejan traer nuestros juguetes —aclaró para luego entrar a una habitación que era un poco más pequeña que la anterior.

Tenía una cama en el medio con un cobertor de color azul y una ventana que daba al bosque.

—¿Qué es esto? —pregunté al ver lo que parecía ser un juguete para armar.

—Una batería electrónica —dijo mirándola con fascinación—. Es nueva, me la regalaron para mi cumpleaños —dijo divertido—. ¿Nunca viste una? —preguntó saltando a la pequeña silla y agarró dos palos negros; comenzó a golpear con rapidez, pero ningún sonido salía—. Ouch —dijo, para luego apretar un botón y que el sonido comenzara a salir. Shep siguió golpeando completamente concentrado, pero era un desastre—. Estoy aprendiendo —dijo luego de un rato. Observé a lo lejos la tabla de surf que ya había visto antes y me senté con tranquilidad en la cama. Este lugar me hacía sentir más tranquila—. ¿Y ella quién es? —preguntó sentado desde la silla mientras miraba a la muñeca.

—Betty —dije mostrándosela, él se paró, caminó hacia mí y tomó a Betty. Normalmente no dejaba que nadie la tocara, pero sabía que Shep no le haría nada.

—Hola, Betty, soy Shep —dijo mirándola con una pequeña sonrisa.

—Es mi mejor amiga —dije sonriendo.

—¿Sabes? Yo tenía una figura de acción gigante del Capitán

América—recordó emocionado—. ¡Llegaba hasta aquí! —Señaló un poco más arriba de su cabeza—. Después Axel lo decapitó y mi papá lo dejó en el sótano —dijo mientras jugaba con una pelota de Superman por el lugar—. A mi mamá le asustaba verlo —rio.

—¿Por qué hizo eso? —pregunté mientras agarraba a Betty. No podía imaginarme que alguien le podría sacar la cabeza. Shep rio mientras continuaba jugando con la pelota.

—Porque no le gustaba, decía que era un perdedor... —Pateó hacia la pared—. ¡Gol del gran Sheperson! —dijo, divertido, con los brazos en alto.

—¿Axel es tu hermano? —pregunté.

—¿Quééééé? Estás loca... —comentó con la pelota en la mano ahora mirándome— Es mi primo, siempre pasa el verano con nosotros y Peter es mi amigo, este año sus papás lo dejaron pasarlo con nosotros —dijo volviendo a jugar con la pelota.

Me alegré de que el rubio no fuera hermano de Shep... Aunque era su primo.

—Tu nombre es raro —dije. Me paré y dejé a Betty sobre la cama; caminé y miré la batería electrónica, parecía de juguete.

—Todos dicen lo mismo, después se acostumbran —dijo mientras seguía entretenido con la pelota de un lado para otro—. ¿Te cuento un secreto? —preguntó divertido mirándome desde la otra punta.

—Sí —contesté.

—Solo si prometes no decírselo a nadie —dijo, divertido, mientras se acercaba.

—Lo prometo —respondí mientras lo miraba. Levantó su

dedo meñique y lo miré confundida—. Engánchalo con tu dedo así sabremos que es una promesa oficial. —Reí a la vez que hacía lo que me decía. Enganchamos nuestros dedos y cerramos el pacto.

—En realidad, no me llamo Shep. Tengo otro nombre... pero no puedo decírtelo —declaró mientras los agujeritos de sus cachetes aparecieran al sonreír.

—¡Oigan, a comer! —Marcos apareció por la puerta—. ¡Noooo! ¡Una batería electrónica!

Ese día quedó grabado a fuego en mi memoria; durante años intenté descubrir el verdadero nombre de Shep, pero era casi imposible, él siempre inventaba uno distinto o una excusa nueva. Incluso llegué a pensar que me había mentado, pero él nunca mentía.